

EL CIERVO

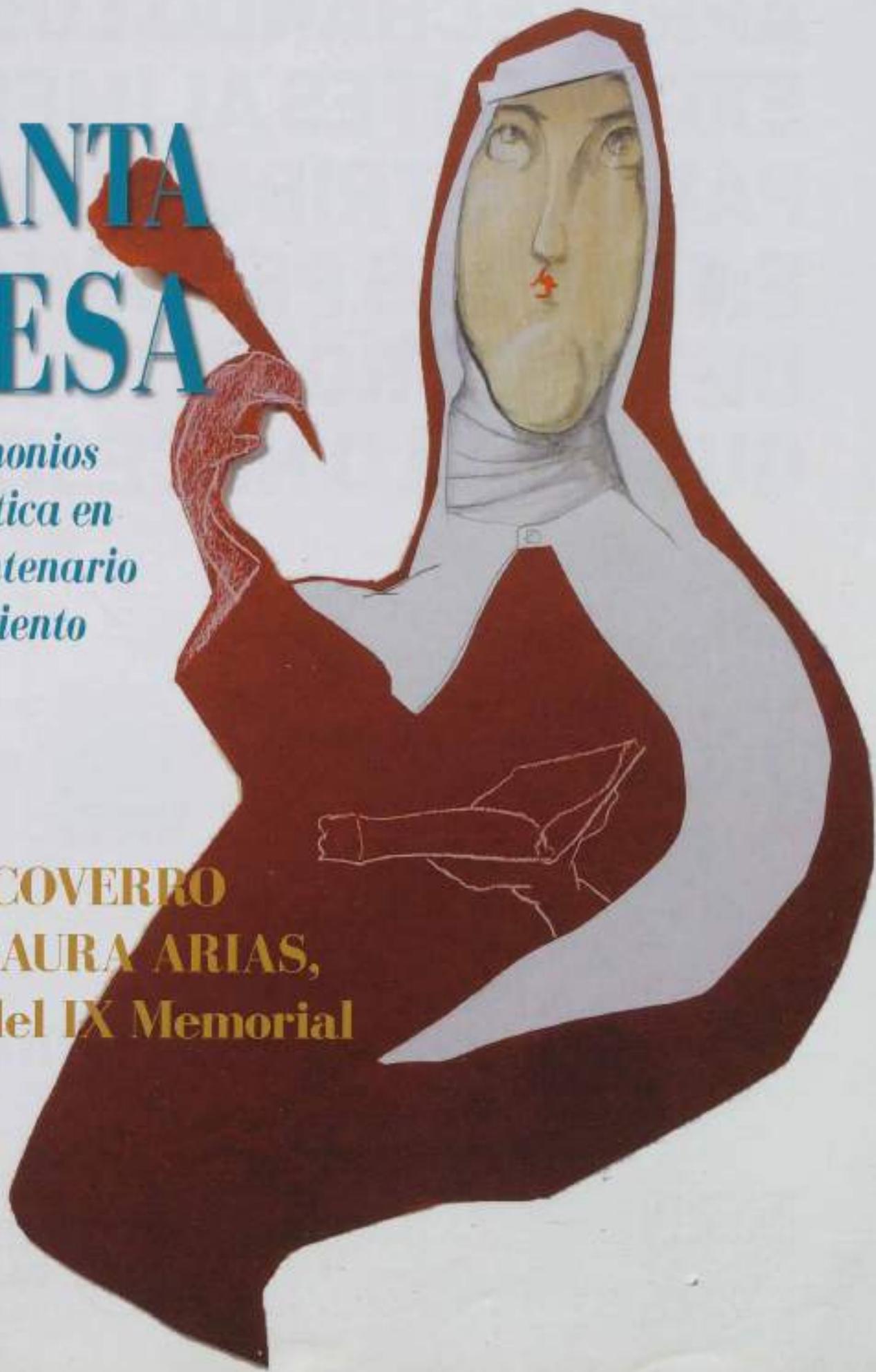
Revista de pensamiento y cultura. Año LXIII. N° 749. Noviembre-Diciembre 2014. 9,95 €

Fundada en 1951

MI SANTA TERESA

*Nueve testimonios
sobre la mística en
el quinto centenario
de su nacimiento*

**TOMÁS ALCOVERRO
Y EMILIA LAURA ARIAS,
ganadores del IX Memorial
Joan Gomis**



Crónica de unos días con Nelson Mandela (y 3)

TONI COMÍN

El profesor Toni Comín cuenta en la última entrega de este relato los recuerdos de su estancia en Sudáfrica en compañía de la familia de Nelson Mandela. Rememora unas cuantas enseñanzas y anécdotas que sucedieron en su viaje. Entre ellas, la que ocurrió cuando Mandela fue a buscar a su nieto al colegio y no quería compartir a su abuelo con desconocidos. Las conversaciones con el líder sudafricano y su familia han quedado grabadas en su memoria.

Pasaban los días entre el cúmulo de emociones propias de quien sabe está haciendo un viaje excepcional. De hecho, gastaba una buena parte de mi tiempo confraternizando con Malenga y sus amigos, que intentaban llevar una vida lo más parecida posible a la de la mayoría de jóvenes del mundo occidental: estudio en la universidad entre semana, fiesta y ligue en los locales de moda de la ciudad los fines de semana. "Pachito tiene a Mary en el bote", "pues Tanzi no hay manera de que consiga llamar la atención de Samanta, que es la chica que le gusta". "Malenga, ¿quién es este amigo tuyo tan exageradamente guapo?" "Es el hijo de Steve Biko, te lo presento", "hola, ¿qué tal?", "hola, encantado de conocerte". Sin duda, en el contexto sudafricano ellos eran unos privilegiados, puesto que aquello que entre universitarios occidentales hubiese sido considerado de lo más

**“Graca se
aseguró de
que antes
de mi partida
pudiésemos cenar
los tres en su casa**

normal, en aquel país que empezaba a ser emergente seguía estando restringido a una parte bastante reducida de la población negra, esto es, a una incipiente burguesía de color surgida en torno a la nueva clase dirigente del Estado y una pequeña parte del mundo empresarial. La mayoría de jóvenes sudafricanos, por supuesto, seguían atrapados en el círculo infer-

nal de la pobreza y sin posibilidad alguna de hacer estudios superiores –y en muchos casos, ni siquiera medios.

De todos modos, si el estilo de vida de Malenga y sus amigos, que en términos occidentales era asimilable al de cualquier joven universitario de clase media, tenía algo de extraordinario no era tanto por su carácter minoritario dentro de la sociedad sudafricana, sino sobre todo por otra razón. Eran la primera generación de negros que podía vivir con plena normalidad su juventud a pesar de tener la piel de color: eran, sin lugar a dudas, los pioneros de la normalidad, desde hacía décadas eran los primeros ciudadanos nacidos en Sudáfrica que sin ser blancos podían afrontar la carrera de la vida sin ser víctimas de discriminación racial. Creo que aquellos chavales tenían cierta consciencia de ello y compartir esta experiencia con ellos –la excepcionalidad de llevar una vida corriente– era también algo emocionante.

Durante aquellos días calurosos de verano, hubo tiempo para algunos viajes por la bellissima región del Cabo

Toni Comín es profesor de Ciencias Sociales, ESADE (Universitat Ramon Llull)

Oriental, tardes perdidas por aquella ciudad fascinante que es Cape Town o la típica excursión a la cima de las célebres Table Mountains, donde no faltó una anécdota de lo más surrealista – al oír yo a unos niños hablando en catalán entre ellos, me acerqué y les pregunté: “*Que son de Barcelona?*”, palabras que provocaron una inmediata reacción de pánico en el más joven de los chavales, que echó a correr a toda prisa en búsqueda de sus padres, mientras gritaba desparovido: “*Mare, un català! Un català!*” Nunca he acabado de entender por qué aquel niño, al encontrar un semejante entre un mundo de extraños, reaccionó como si hubiera chocado con un marciano. Pero tengo para mis adentros que, en el fondo, hay una lógica aplastante en esta monumental pero maravillosa confusión entre lo propio y lo ajeno.

Hubo también una escapada, del todo necesaria, a la casa de los Machel en Maputo, en Mozambique, que nos permitió hacer una emotiva visita a la tumba de Samora. Todavía recuerdo a Malenga abriendo el armario de su habitación para enseñarme los trajes militares verde olivo con los que su padre había liderado la revolución, 25 años atrás, y cómo yo los contemplé medio alucinado. Ya de vuelta a Sudáfrica, se acercaban los últimos días del viaje y mis anfitriones, con su huésped a cuestas, se trasladaron a Johannesburgo.

La verdad es que a Mandela, una de las personas más solicitadas del mundo, sin duda, yo apenas le veía. Pero Graça se aseguró de que, pocos días antes de mi partida, pudiésemos cenar los tres solos en su casa de Houghton. Sería, por así decirlo, mi cena de despedida. “Tía Graça”, con su generosidad habitual, había lidiado contra la agenda infernal de su marido para que su “sobrino de Barcelona” pudiese aprovechar al máximo aquella oportunidad, excepcional e irrepetible.

Como todas las veces anteriores, Madiba me recibió con su natural afabilidad. No hace falta decir –es de sobras sabido– que siempre transmitía una sensación de profunda



MANDELA LLAMABA A KOFI ANNAN A TODAS LAS HORAS DEL DÍA.



MAPUTO, EN MOZAMBIQUE, ES LA CIUDAD DE LOS MACHEL.



MANDELA SIEMPRE TRANSMITÍA UNA SENSACIÓN DE PROFUNDA CALMA.

calma y, al mismo tiempo, de intensa calidez. Ya en la mesa, la conversación empezó con una cariñosa reprimenda de Graça. Parecía que el hombre había cogido la costumbre de llamar a Kofi Annan a la hora que a él le conviniese, sin tener en cuenta la diferencia horaria entre Sudáfrica y Nueva York. Ciertamente, la oficina de Annan estaba abierta 24 horas al día, por algo se trataba del secretario general de Naciones Unidas. Pero esto no quitaba, lógicamente, que el alto mandatario se tomase unas horas para dormir. Sin embargo, ¿quién no atendería una llamada de Nelson Mandela, aunque fueran las tantas de la noche? Annan siempre se levantaba, fuese la hora que fuese, si era para hablar por teléfono con su líder preferido.

Graça, visto que Mandela había reincidido hacía poco en esta costumbre, le pedía, más divertida que preocupada, que no volviese a hacerlo. Pero, mientras ella hablaba, él se reía, completamente inmune a aquel conato de riña. “Kofi – le respondía él – tiene veinte años menos que yo. Por lo tanto ¡es joven! Seguro que puede aguantar una noche despierto. ¡Cuando yo era joven pasaba noches enteras sin dormir!” Frase que acompañó con una carcajada relativamente estruendosa.

Aquella noche, finalmente le pude contar con un cierto detalle la historia del premio que le había dado la Fundación Comín hacía trece años, cuatro años antes de su liberación. Con mi inglés escaso, más bien tirando a lamentable, y con la inestimable ayuda de Graça, le hablé de mi padre: le conté quién era ese intelectual y político cristiano y comunista español llamado Alfonso Comín. Recordamos a Mary Mxdana, la prima que vino en representación de la familia para recoger el premio y el buen recuerdo que le había quedado de aquel viaje a Barcelona. Supongo que, inconscientemente, toda aquella explicación mía era una manera de justificar la suerte inmensa que suponía el hecho de estar sentado en

aquella mesa y no sentirme completamente en deuda. Era un modo –un tanto absurdo, sin duda– de decirle implícitamente algo así como: aunque ahora tenga la fortuna de estar aquí, no se trata estrictamente de un regalo, de un privilegio, porque algún mérito puedo aportar yo también, puesto que la Fundación que lleva el nombre de mi padre y de la que yo formo parte te apoyó cuando todavía estabas preso. O, planteado en unos términos más interesantes, era un modo de decirle que Alfonso Comín también había sido un líder valiente, carismático e irrepetible, que también había luchado contra una dictadura en favor de la libertad y de la justicia social y que, aunque en un contexto distinto y con un alcance obviamente diferente, también él había irradiado a toda una generación con su compromiso político y su enorme fuerza espiritual.

Yo le explicaba todo esto con la máxima sobriedad posible, aunque disimulase torpemente la emoción, mientras Madiba me escuchaba atentamente. Él, entendiendo que la cosa, en el fondo, iba de deudas y agradecimientos, en cuanto yo acabé mi relato me soltó más o menos algo así: "Graça ya me había explicado que Alfonso Comín fue una persona muy importante en la lucha por la libertad en España. Y de hecho me siento muy afín a tu padre, porque el ANC también tiene raíces marxistas y, al mismo tiempo, los cristianos han sido muy importantes en la lucha contra el apartheid. Desmond Tutu, sin ir más lejos, ha sido para mí un aliado fundamental, primero en los años de resistencia y luego durante el proceso de reconciliación. Me siento muy próximo a todas estas cosas que me cuentas sobre tu padre, sin duda. Díselo a tu madre, sobre todo. Además, no hace falta que os lo repita, estoy muy agradecido por todo lo que ella y vosotros habéis hecho por Malenga y Josina". Y, sin solución de continuidad, añadió en tono socarrón: "Pero sobre todo quiero que le expliques a tu madre otra cosa: ¿a que está rica esta cena? Pues le explicas que te he dado una cena buenisima y que así ya quedamos en paces. Ella me dio su premio hace años y yo ahora se lo he recompensado dándote esta estupenda cena a ti". Lanzó nuevamente otra carcajada. Me fascinaba constatar como aquel hombre conseguía ser a la vez tan imponente y tan risueño.

Aproveché para sacar otro tema que me importaba sobremanera: el futuro económico de África. No

hacía tantos años que había terminado mi licenciatura en relaciones internacionales y este era un tema que había tocado durante la carrera. En respuesta a mis preguntas sobre cómo acelerar el progreso económico y social del continente, tanto Graça como Madiba insistieron en algo evidente: se trata de una lucha larga, lenta y a veces desesperante. Ella me hacía notar, realista pero no pesimista, el ínfimo peso de África en el conjunto del comercio mundial. El añadía que, una vez ganada la batalla de la libertad, de la dignidad moral, ahora todo debía focalizarse en la lucha por el desarrollo, por la dignidad material. Mientras lo explicaba, con aquella voz grave suya tan característica, su rostro se ponía más bien sombrío. La primera batalla –pensaba yo– se había ganado en unas cuantas décadas y con el sacrificio de unas cuantas vidas, empezando por la suya. Pero, en cualquier caso, ya estaba ganada. Sin embargo, ¿cuánto tardarían los pueblos del África negra en ganar la batalla de la prosperidad? Me dio la sensación de que su gesto sombrío expresaba algo así como "demasiado larga, esta otra guerra".

Me sorprendió, por cierto, que se detuviera poco, o nada, en denunciar las responsabilidades de Occidente en este subdesarrollo africano y, en cambio, se centrara mucho en la responsabilidad de los propios países africanos y de sus élites. Apenas citó la deuda externa, o las reglas comerciales asimétricas entre Norte y Sur, aun cuando en los años posteriores a su presidencia Madiba se convertiría en un abanderado de las reglas injustas de la economía global. En efecto, si la mayor parte de su vida política la había entregado a la lucha contra el apartheid en Suráfrica, sus años de vida pública como ex presidente los dedicaría a luchar contra la pobreza en el mundo en su conjunto. Pero, en aquel momento, que pusiese el acento en las culpas propias y no en las ajenas me pareció un dato políticamente brillante y muy digno de tener en cuenta.

Como no era cosa de convertir una cena distendida en un seminario sobre las grandes cuestiones de nuestro tiempo, decidí reprimir mi mal disimulado deseo de ir poniendo encima de la mesa un tema profundo tras otro. Es evidente que a nadie le gusta sentirse tratado como si fuera una naranja de lujo, de estas que hay que exprimir hasta rascar la piel para no desaprovechar ni una gota de su jugo, aunque quien te exprima lo

haga con el máximo cariño y desde la más apasionada admiración. Frenadas pues mis ansias de intensidad, Madiba cogió las riendas de la conversación para contarnos una pequeña pero encantadora anécdota que le había ocurrido aquella misma tarde. Había ido a recoger a su nieto al colegio. Al salir del edificio encontró unos cuantos viandantes y vecinos concentrados espontáneamente en la acera de enfrente, para saludarlo y aclamarlo con el entusiasmo con que habitualmente aquel pueblo saludaba a su "padre de la nación". Como su nieto iba cogido de la mano derecha, Mandela les devolvió el saludo con la izquierda. Pero el nieto decidió cambiar de lado y cogerse de la mano que el abuelo estaba empleando para saludar.

"Como yo quería corresponder como se merecía aquella gente tan emocionada, he empezado a saludar de nuevo con la mano derecha, que era la que me había quedado libre. Pero el pequeño, muy serio, ha vuelto a cambiar de lado y se ha cogido nuevamente de la mano con la que yo intentaba continuar mi saludo y de la que había ido cogido inicialmente. ¡No quería, de ninguna manera, que me distrajesse saludando a nadie mientras andaba con él! ¡Me quería en exclusiva! Yo y toda aquella gente de la acera de enfrente hemos tenido que hacer un enorme esfuerzo para no echarnos a reir. Evidentemente, no me ha quedado ninguna otra opción que dejar de saludar". El nieto, por lo visto, no estaba para nada dispuesto a compartir a su abuelo con unos desconocidos. La anécdota era entrañable, pero mientras la escuchaba se cruzó por mi cabeza una pregunta algo inquietante: ¿no nos estará hablando Mandela, indirecta o inconscientemente, de la herida profunda de quien ha tenido que sacrificar su familia por su causa, por la lucha por la libertad de su pueblo? ¿No era esta anécdota una metáfora sutil del drama de quien no ha podido hacer de padre de sus hijos para hacer de padre de la nación? Nunca tendré claro si el hecho de dar el mejor de los ejemplos posibles a los propios hijos, en términos de vida pública, puede compensar a un padre del hecho de no haber podido darles otra cosa tan o más importante, que se llama tiempo.

La velada se acercaba a su fin. Al lado del comedor había un amplio vestíbulo presidido por un estupendo piano de cola. Graça sabía de mis estudios de piano. Sin que yo pudiese esperarlo, me pidió que les tocara algo.

Sin partituras a mano, improvisé cuatro piezas de música clásica mal interpretadas. Se me ocurrió terminar con una canción del género de la música comprometida: "No pasarán", una inspirada melodía del nicaragüense Carlos Mejía Godoy, emblemática de la revolución sandinista. Se trata de un canto de amor y de guerra, de factura algo romántica, lírica y épica a la vez. Mientras tocaba, pensaba en cómo todas las revoluciones están unidas por un misterioso hilo invisible, por un mismo anhelo de emancipación, ya se trate de la España de la República, la Nicaragua del FSLN o la Sudáfrica del ANC. Diría que fue esta la interpretación que más les emocionó. Durante mis solitarias tardes de estudio al frente del piano, durante aquellos miles y miles de horas de mi adolescencia y mi juventud, jamás hubiera podido imaginar, ni siquiera en el mejor de los sueños, que algún día tendría un público tan excepcional. Creo que apuré cada nota como si fuera el único concierto de mi vida: se me ocurren pocas imágenes mejores de la felicidad.

Antes de despedirnos, llega el momento de los regalos: Graça me entrega cinco paquetes, uno para mi madre y uno para cada uno de mis hermanos. A mí me toca una caja plana de cartón satinado, dentro de la cual hay una camisa de Mandela, todavía por estrenar. Es una de aquellas célebres camisas de seda estampadas en flores que, siendo ya presidente del país, él convirtió en signo de su estética particular. "Es para ti", me dice Graça. No quepo en mi asombro. Mientras tanto, Madiba estampa cinco dedicatorias, una para cada miembro de la familia Comín, en sendos ejemplares de su autobiografía "Long walk to freedom". Leo la mía y me emociono: es difícil, por no decir imposible, recibir un elogio más reconfortante que las siete palabras en inglés que, en un alarde de exageración, este hombre me dejó escritas en su libro para el resto de mi vida. Se levanta y me da un abrazo de despedida: "Ha sido un placer, de verdad. Estamos muy contentos de que nos hayas hecho esta visita desde tan lejos. ¡Las visitas de quien viene de lejos tienen más valor! Esta es tu casa, ven siempre que quieras. Y, sobre todo, dale un abrazo de mi parte a tu madre. Dile que aquí, en Sudáfrica, tenéis a vuestra familia."

Aunque Madiba se retire, Graça decide quedarse un rato más charlando conmigo. Me quiere mandar encargos y recuerdos específicos para

“Mi regalo fue una caja de cartón satinado con una camisa de Mandela por estrenar

todos y cada uno de los miembros de sus "sobrinos de Barcelona". Mientras él sube hacia su habitación, dice que si el sueño no le vence intentará leer un rato. Y con tono de lamento suelta un comentario medio perdido, casi para sí mismo: "¡En la cárcel sí que tenía tiempo para leer, no como en todos estos últimos años!" A Graça no le pasa desapercibido el asombro que me producen estas palabras y me confiesa, como si se tratase de una confidencia, que Madiba, en efecto, explica a menudo que para él la cárcel fue un tiempo duro, pero que también tuvo cosas buenas. Allí tenía tiempo, todo el tiempo del mundo, para leer, para reflexionar y, lo que es más importante, para ir al fondo de su alma. Mientras la escucho, recuerdo la reflexión que un buen amigo me había confiado hacía mucho tiempo, justamente a propósito de Nelson Mandela: cuando uno está encerrado más de veinte años en una cárcel, sólo tiene dos opciones, o queda humanamente destruido, ya para siempre, o se convierte en un santo, ya para siempre.

Aquella frase, "¡en la cárcel sí que me quedaba tiempo para leer!", tan impactante y tan reveladora, fue la última que le oí decir estando yo en Sudáfrica. Pero no fue la última que me dirigió. La fortuna —o fue quizás la oficina de Mandela— quiso que, en los años inmediatamente siguientes, varias de las agotadoras giras internacionales que hacía el viejo luchador para defender las principales causas de la humanidad incluyesen una escala "técnica" en Barcelona. Aprovechando esta circunstancia, instauramos una emocionante costumbre: en cuanto Graça y Madiba aterrizaban en la ciudad, las tres generaciones de la familia Comín-Oliveres al completo los iban a visitar a su hotel. De una de estas ocasiones,

todavía recuerdo la cara de incredulidad de un conserje observando cómo aquella familia numerosa, roja y alborotada, invadía apresuradamente los lujosos ascensores de su exclusivo establecimiento, mientras alguno de mis hermanos se explicaba: "Vamos a ver al presidente Mandela. Nos está esperando."

Fue de esta manera como el resto de la familia lo pudo conocer también personalmente. Momentos más o menos fugaces —hechos de presentaciones, charlas distendidas, bromas, risas, fotos y abrazos—, pero extraordinarios e irrepetibles. La mujer de Alfonso Comín y sus cuatro vástagos, los mismos que quince años antes escuchaban el nombre de un recién descubierto Nelson Mandela en un bello salón monumental del Ayuntamiento de la Barcelona en el acto de entrega del Premio que lleva el nombre de su marido y padre, contemplaban quince años después aquella misma ciudad junto al propio Mandela desde la ventana de un hotel, a muchos pisos de altura. Tantos eran los metros que nos separaban del suelo que las casas y las calles, los coches y las personas, parecían tener la falsa realidad de una maqueta. "Mira, aquello es la catedral y aquello de allí la Sagrada Familia": a vista de pájaro las ciudades siempre parecen más limpias y silenciosas de lo que son en realidad.

La memoria, como la vida y como el amor, es caprichosa, o quizás no tanto. La última vez que nos vimos no sabíamos que sería la última. De hecho, siempre nos despedíamos con aquello de: "Tenéis que venir a Sudáfrica", "la próxima vez nos vemos en Johannesburgo", "del año que viene no pasa que os vengamos a ver", estas frases que mientras se dicen el corazón se cree a pies juntillas, aún cuando la cabeza sepa que son improbables. Los seres humanos, sin embargo, somos mejores para los descos que para los pronósticos. El caso es que, aún sin saber que se trataba de la última vez, recuerdo con gran precisión todos los detalles de aquella despedida: las palabras de Madiba a Graça referidas a mí —estas sí las últimas que le oí— mientras salíamos de la habitación, como siempre con su voz pausada y grave, la sonrisa justo antes de cerrar la puerta, la mano saludando, aquella mirada alegre y profunda. Detalles grabados como se graban las letras en el bronce. Cosas de la memoria: nuestro mejor santuario, por más que pasen los años. ■

ENTREGA DEL IX PREMIO
DE PERIODISMO SOLIDARIO

MEMORIAL JOAN GOMIS

22 de diciembre de 2014
a las 18:00h.
Auditorio de la Biblioteca
de la Facultad de Comunicación
c/ Valldonzella, 32
Barcelona

Programa:

Bienvenida de **Josep Maria Carbonell**, decano de la Facultad de Comunicación Blanquerna.
Palabras de **Eudald Vendrell**, presidente de Justícia i Pau, en nombre de las entidades convocantes.
Palabras del representante del patrocinador **Fons Català de Cooperació al Desenvolupament**.
Lectura del **acta del jurado** y **entrega** de diplomas y cheques.
Entrevista de **Oriol Llop**, periodista y miembro del jurado, a los **premiados**:
la periodista **Emilia Laura Arias** y el corresponsal **Tomás Alcoverro**.

Entidades convocantes:



EL CIERVO

Foc Nou

